

LA MUSICA ESPAÑOLA Y LA PRENSA

— Por Antonio Fernández-Cid —

Académico numerario de Bellas Artes de San Fernando, crítico musical de «ABC» y colaborador de diarios y emisoras. Premios Nacional de Literatura, Nacional de Televisión, Manuel de Falla y Ruperto Chapí, entre otros. Autor de diversos libros, entre ellos La música española en el siglo XX.



Mis sentimientos tienen mejor expresión en música que en palabras
Robert Schumann

Cuando me acerco a los cincuenta años de actividad ininterrumpida en la crítica musical —mis primeros pinitos como suplente los realicé en 1940, para ejercer la titularidad de una sección en periódicos madrileños a partir de 1943— la Fundación Juan March me solicita un trabajo sobre la música española y la prensa. El título permite distintas interpretaciones, desde aquella que busque una visión de tipo general, hasta la que intente el detalle con voluntad exhaustiva. Renuncio por completo a este segundo camino. La condición de parte, haría más dudosa la objetividad tasadora y la supresión de una cita por simple causa de olvido, e incluso, por limitaciones forzosas de espacio, podría ser atribuida al reflejo de personales predilecciones.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa, la Literatura, la Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles y Teatro Español Contemporáneo.

En este Boletín se inicia la publicación de una serie sobre «La Música en España, hoy». La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

Al margen de reconocer lo difícil —imposible— de reflejar con suficiencia en palabras las impresiones que la música encierra, admítanse, como punto de arranque, dos radicales criterios, que considero con bases firmes y comprobables: porque el nuestro no fue nunca un país en el que brillase la formación musical; porque para los españoles no es la música un artículo de primera necesidad y un tanto por ciento muy alto de personas consideradas cultas carecen del menor bagaje impulsor de su sensibilidad hacia el arte sonoro, es comprensible que los medios de comunicación —prensa diaria y revistas, emisoras de radio y televisión— ofrezcan a la música espacios comparativamente muy tasados con respecto a otras parcelas de mayor predicamento y popularidad. Ello es tan cierto como lo resulta un progreso palpable, más sustancioso cada vez, con respecto a períodos anteriores. Hablo siempre con deseos de generalizar. De la atención que se dedicaba en la prensa a la música —llamémosla, aunque el término diste de ser el ideal— clásica en la década de los cuarenta a la que se rinde ahora, a punto de iniciarse la de los noventa, el cambio es evidente.

Pero una vez admitido, se impone la inmediata diferenciación y la advertencia: escribe un crítico que ejerce en Madrid, con la experiencia básica de la capital, bien distinta de la de tantas y tantas zonas desasistidas, casi por completo, de nuestra geografía. En razón lógica de la tan escasa, a veces nula, actividad musical que en esos lugares se desarrolla, como contraste acusador que muy bien podrían esgrimir quienes lo sufren y observan, con mal contenida ira, tantos y tantos conciertos que se celebran en medio de la general indiferencia de melómanos alimentados hasta la saciedad, mientras que para ellos serían regalo acogido jubilosamente.

Con la brillantísima excepción de Radio 2, de Radio Nacional de España, la intermitente, desigual y no siempre lógica aportación de Televisión Española, rarísimas contribuciones de emisoras privadas, la información a cargo de la prensa tiene complemento en boletines, circulares y folletos de entidades organizadoras, algunos programas de mano muy cuidados en la documentación e interés de los textos —buen ejemplo podemos encontrarlo en los verdaderos libros que han llegado a ser los de la temporada de ópera y los que se distribuyen para cada ciclo de la Fundación March— y el valor que, cada vez más, encierran, al margen de sus peculiaridades y algún matiz con el que podrá disentirse, las revistas especializadas, en cabeza «Ritmo», «Monsalvat» y «Scherzo»,

citadas cronológicamente. (Lugar de honor para la «Revista de Musicología».)

Con respecto a la prensa diaria, todos los periódicos madrileños y los de Barcelona tienen un crítico titular, a veces con colaboradores de máxima solvencia. La multiplicación de convocatorias, la coincidencia de actos musicales tanto como un plausible afán de especialización ha determinado que se desgajen funciones y nacieron así críticos particularmente orientados a la parcela coreográfica. Por lo demás, el mundo del «jazz», el flamenco, el «pop» cuentan con sus comentaristas. En la sección de Espectáculos confraternizan el teatro, el cine, la música en sus múltiples variantes, la televisión, el vídeo, la radio... Si añadimos la sección de toros y la muy amplia deportiva y se acepta una forzosa limitación de páginas, nos encontramos con un problema de muy difícil solución: el desequilibrio cuantitativo entre lo que se quiere abarcar y aquello que se puede acoger.

Para el crítico, luchador hasta el límite de la defensa de su parcela, esta lógica voluntad de brindarlo todo viene a suponer una multiplicada limitación a sus afanes de brindar una sección completa y puntual.

Pero hay más: de forma inexorable, hay diferencias entre lo que periodísticamente prima y lo que musicalmente querría el crítico destacar. Es algo en lo que las dos partes pueden tener razón y donde el encuentro no es siempre fácil.

El periodista no especializado, olfateador de temas generales, se entera de la visita de una figura de relieve mundial, que ha saltado las zonas limítrofes de su campo y logra entrar en el sin fronteras de la popularidad abierta. En ese momento se movilizan actividad, interés y prodigalidad en la petición, la oferta: entrevista, semblanza, previa nota informativa, crítica inmediata, urgente y extensa no sólo tienen prioridad, sino que pueden llegar hasta la anulación de originales pendientes. No importa que la figura esté en declive, que su celebridad tenga un fundamento mayor o menor en calidades o propagandas. «Es» la figura. Y basta. Claro que a un crítico independiente de ninguna forma se le coacciona sobre el juicio, ni se limita su libertad de formularlo. Ocurre, tan sólo, que ese día pudo estrenarse una obra de compositor meritorio, presentarse un cuarteto que trabajó meses hasta la salida en público... y quedan sepultados por la estrella en candelero.

La situación, causa natural de claros desequilibrios en el trato, se hace difícil de explicar a quienes se atienen a puras razones musicales. ¿Por qué, para ese concierto con estreno y una realiza-

ción de calidad, para el que se escribió apenas una columna, se regatea el espacio, se aplaza, incluso deja de publicarse la crítica, y para el pianista «X», que vuelve con Chopin, o la Orquesta y el maestro «Z», con programa Beethoven, o el «divo» tenor «Y» con *Rigoletto*, hay reportaje previo, entrevista, información, crítica a toda página, gráfico despliegue, etc.? Insisto: porque, aunque en pura y romántica tasación de arte pueda ser injusto, en un criterio mayoritario, de periodismo con garra, es natural proceder así.

Más: la ley de la relatividad. En periodismo la actualidad manda y puede ser condicionante que todo lo modifica no ya en horas, en minutos. Al crítico le ha pasado, más de una vez, escribir una breve nota sobre concierto menor, con el deseo de cubrir una información de apenas media columna, titulación aséptica y deliberado propósito de grisura. Pero ese día, por lo que sea, no hay ninguna información de relieve en la sección; algo que se esperaba —la crónica del exterior, la del estreno que se aplazó— no llega... y su pequeño comentario asciende a primer plano, con titulación a dos columnas y una envergadura de ninguna forma soñada, que desequilibra todos sus planes. Por el contrario, está el amontonamiento de materiales que han de publicarse y dejan limitado, sin relieve, lo que se pensaba de presentación más brillante. Y ello sin olvidar cuando, por razones periodísticas que al interesado casi nunca se le alcanzan, se modifica su título y el que reemplaza el original no refleja su criterio, incluso porque lo que tiene determinado valor como línea de un texto lo cobra, desmesurado, al encabezarlo.

* * *

No faltan críticos perfectamente preparados, solventes, con conocimientos sólidos y léxico adecuado para su reflejo, en algunos puntos de España. Pedir que en ciudades en donde se ofrecen, apenas, media docena de conciertos al año haya críticos musicales titulares, sería pretensión vana. Hoy se busca más el concurso, desinteresado casi en el ciento por ciento de las ocasiones, de un músico, un aficionado competente, que el encargo a un redactor de plantilla para todo, en evitación de pintorescos despistes como aquel, lejano, de un joven y prestigioso periodista, cuyo nombre y ciudad omito, que enjuiciaba una versión de la «Tercera sinfonía», de Beethoven ofrecida por la Orquesta Nacional: «En el segundo tiempo —escribió— hubo desajustes de la madera: violonchelos» (!!). En los antípodas: el propósito de no recaer

en citas impide rendir homenaje a colegas, verdaderos islotes en casi desiertos paisajes musicales, que escriben con calidad y agudeza sobre temas filarmónicos.

Hay excepcionalmente algún caso, quizá por temor a ser tildado como propicio a comulgar con ruedas de molino, del que arregla la cuestión de forma radical y arremete contra todo y todos, juzga insuficientes muchos grandes regalos artísticos que en la ciudad se ofrecen y mira desdeñosamente a cuantos, sin duda con bastantes más horas de vuelo y posibilidades comparativas y de juicio, después de tantos viajes por causa musical, mantenemos nuestra capacidad de aplauso en honor de lo que de verdad lo merece y siempre atentos a la ley de la relatividad.

En los núcleos musicales de mayor importancia, vuelvo a lo ya dicho, las secciones de crítica están atendidas por titulares entre los que los hay de orígenes formativos muy diversos: desde compositores, ellos mismos probados en la organización de conciertos, a no profesionales de la música, que sí de la crítica largo tiempo ejercida. En páginas especiales —de música clásica, de información y de ocio, de arte y cultura— se brindan, más cada vez, artículos, entrevistas, comentarios, juicios, noticias complementarias.

* * *

Veamos, ahora, lo que podría considerarse el ideal de una sección.

Siempre he defendido, como esencial en la comunicación con el lector, el orden y la puntualidad: mantener una costumbre y que el aficionado sepa la cadencia con la que podrá seguir las críticas. Puede ser más interesante que la urgencia —escribir en el momento mismo de concluido el acto—, la constancia. Si el lector sabe que la crítica de un concierto, de una representación, la encontrará a las dos fechas de celebrados, interesa no defraudarle ni confundirle; no adelantar, porque se trate de un acontecimiento, ni retardar, porque otros originales se consideren de mayor importancia.

Pensarlo así, de ninguna forma niega valor e interés al hábito de escribir «en caliente». Quédese para las revistas especializadas el hacerlo con detenido análisis, de forma despaciosa. El periodismo diario puede tener aquella gran servidumbre. Y si se inventase el medio por el que ni un solo ejemplar de cualquier edición pudiese quedar sin el comentario que se escribió en la noche y únicamente puede estar impreso, en la calle, a las dos o tres de la

madrugada, quizá por esa razón de viveza periodística valdría la pena de intentar volver a los viejos tiempos en los que —única la edición— escribíamos en minutos la crítica del espectáculo que había concluido pasadas las dos.

Puntualidad, pues. Claridad. ¿Para quién se escribe? El tema es básico. Sea profesional o no, especialista o aficionado el crítico, es el medio el que determina el tono. Se escribe en un periódico diario, de información general. Por ello ha de hacerse con lenguaje y términos asequibles a todo tipo de lectores. No podríamos hacer un más grave daño a la causa de la música que dirigirnos a los ya convencidos, a los técnicos y especialistas, a los músicos y profesionales, incluso a los sólidos aficionados de amplios conocimientos. Nuestro afán ha de ser el de que todos puedan acercarse a lo escrito y, si es posible, interesarse por el tema. En otras palabras, ganar adeptos; no cerrar caminos.

El error de muchos —compositores, instrumentistas— es creer que el crítico escribe para ellos. Su afán último será servir a la música. Su forma de hacerlo, prestarse como nexo entre la obra de arte, el vehículo —intérprete— y el destinatario, el público.

Error, también, por parte de los aficionados. Cuando se nos acercan a protestar porque defendamos el estreno, la novedad, diciendo que ellos pagan para oír lo que les gusta y que las experiencias deben quedar para los profesionales, no piensan en que esas obras, que les emocionan y son predilectas, tuvieron que estrenarse un día; que, posiblemente, fueron cruelmente censuradas por muchos en el estreno. Y que el tiempo, crisol que todo lo determina, hizo la criba, dejado lo que de verdad tiene valor y sepultado lo efímero. El crítico se encuentra en una situación muy particular: de una parte, a sabiendas de lo minoritarios que resultan los programas cuando están confeccionados con abstracción de los gustos del gran público, defender que no se olviden, para que la afición no vuelva la espalda a las páginas favoritas; de otra, luchar porque, con el apoyo de esos títulos de gancho, se incluyan las novedades; por fin, crear en los autores el convencimiento de lo compatible que debe ser esa defensa del estreno y la total libertad posterior para confesar la desilusión, si lo estrenado no le parece feliz. Porque el simple estreno viene a ser, para algunos, como una patente de legitimidad, que hace inadmisibile cualquier reserva en torno a la obra.

Estrenos, sí. De música española, esencialmente. Llegamos a un punto de interés particularísimo.

* * *

Música española. Aunque se advierte una paulatina rectificación con reflejo en los programas, lo cierto es que en España nuestra música ha distado mucho de gozar un trato de favor. No parece muy vanidoso pensar que a ese cambio no es ajena la actitud de una gran parte de la crítica, con sus múltiples llamadas en tal sentido.

El tema bien merece un tratamiento de cierta generosidad al ser ahora expuesto, para mayor precisión de lo que se intenta puntualizar. Veamos. Que en los programas de cualquier concierto, recital, representación haya lugar para las grandes obras de todos los tiempos, que a nadie sorprenda, ni por nadie se objete el relieve selectivo de los Monteverdi, Purcell, Vivaldi, Bach, Haendel, Mozart, Beethoven, Schumann, Chopin, Brahms, Moussorgsky, Wagner, Verdi, Debussy, Ravel, Bartok, Strawinsky, un larguísimo etcétera de figuras capitales de cualquier período, estética, nacionalidad, es algo absolutamente lógico. No lo es, en cambio, la inclusión de muchos segundones y menos aún de artistas respetables pero de tercer orden, sin duda, merecedores de atención en sus propios orígenes, pero bastante menos de la exportación. Y es el hecho que muchas veces nos llegan solistas, conjuntos, sobre todo, que presentan obras cuya selección habla mucho y bien de su patriotismo, pero que, en buena lógica, no tendríamos por qué aceptar sin un régimen de reciprocidad.

Insisto: temporadas hay en las que la cartelera madrileña parece feudo sumiso de la que pueda imperar en países bien lejanos, por todos los conceptos, al nuestro. Entonces, el crítico habría de formularse, incluso con mayor contundencia y claridad de la que habitualmente se emplea para destacar la situación, si la visita del o de los artistas se halla totalmente subvencionada por los suyos o si responde a contratos pingües suscritos por empresas u organizadores del nuestro. En este segundo caso, más lógico será el apoyo de actitudes que últimamente comienzan a abrirse camino: la recomendación —imposición amistosa— de que se incluyan obras o reclamen concursos de artistas nuestros, en servicio difusor que abra sus caminos y, al facilitar conocimientos, dé oportunidades para futuros empleos, ya fuera de las actuaciones o programas en España.

Parece innecesario puntualizarlo, pero no está de más subrayar que no se trata de la media docena de compositores nuestros universalmente admitidos y seleccionados, ni del número, reducido también, de figuras primerísimas, «divos» o estrellas, que se disputa el mundo sin necesidad de esta labor facilitadora.

Música española. Si hablamos de ella en los programas de artistas o conjuntos huéspedes, obvio es decir que la inclusión parece tanto más lógica y obligatoria, dentro de los nacionales, en caso de grupos o campañas oficialmente subvencionadas. Antes que cualquier obra de músico extranjero no representativo, de las de quienes sí lo son, pero por algo permanecen abandonadas y fuera del repertorio habitual, ese puesto se debiera ocupar por la música propia: estreno, reposición, recuperación histórica.

Si se trata del estreno, con cierta voluntad de que, una vez realizado, no se considere cumplido el trámite y abandonada para siempre la obra en los archivos, cuando se ha demostrado en tantas ocasiones que un primer juicio adverso puede modificarse en sucesivos encuentros, a medida que nos familiarizamos con el lenguaje que nos sorprendió.

Si de la reposición de obras un poco más alejadas en el tiempo, ya que muchas tendrán valor de auténtico estreno para los más. ¿Cuánta música, ya escrita en el siglo XX, fruto de compositores nacionales significativos e ilustres, supondrá novedad total para un crecidísimo tanto por ciento de oyentes? El hecho, además, ha supuesto un vacío grande, una tierra de nadie, que multiplicaba la dificultad de asimilar más avanzados conceptos estéticos a los que se hacía llegar al oyente sin el nexo, la base necesarios.

Recuperaciones de nuestro pretérito fabuloso. Sin que el crítico haya de jugar a musicólogo, una de sus gratas misiones habría de ser la de apoyar el trabajo investigador, de busca y puesta a punto, cuando la ignorancia sobre aquello que constituye legado invaluable es enorme, incluso en muchos de afición probada y preparación superior a la de un nivel cultural medio.

* * *

«El ideal es algo muy hermoso. Ha de bastarnos con soñarlo, sin quererlo convertir en realidad». Aunque entrecomillo, porque sé que la manifestación responde por completo al sentido que un día expresó Enrique Granados, no se trata de una reproducción literal de su frase, que no tengo a mano cuando escribo. La recuerdo, porque desde siempre como crítico musical he tenido bien claro que todo el entusiasmo, el trabajo desplegado, la generosidad en el espacio de la que muchas veces he sido beneficiario, no han permitido ni aun aproximadamente, lograr la sección musical imaginada como ideal y modelo, por ello mismo irrealizable.

¿Quién para llevarla a cabo? ¿En qué lugar del periódico?

Si el diario es el medio difusor, parece lógico encomendarla a un periodista especializado, que rigiese la crítica y plantease la información y la colaboración restante, a la que habrían de tener acceso músicos, aficionados en colaboraciones de signo esporádico y atentas a lo que en cada momento recomendase la actualidad, entendida, claro es, por el acontecer concreto y diario y por la efeméride o circunstancia que el calendario determina.

¿En qué lugar? De una parte, la música es cultura y podría muy bien unirse al bloque cultural de la publicación. De otra, los conciertos, las representaciones son espectáculo y parece mejor acomodo el que liga a esta sección sus páginas. En todo caso, hay ventajas e inconvenientes. En un país como el español, donde la música, dentro de la cultura, es Cenicienta, aunque cada vez se libere más y más de sus andrajos, sería la hermana menor, aplastada por el acontecer literario, intelectualmente con muchos más acólitos. En el conglomerado espectacular son tantos los frentes —ya se apuntó antes el tema— que pueden perjudicarse unos a otros. Desde el prisma legítimo por el que, al defender el propio predio, hemos de considerarlo el ombligo del mundo, parece normal preguntarse por qué los toros tienen lógica independencia, disfrutan sección aparte, envidiables, justas dobles páginas en días de corrida, y no la música. ¡Y ya no digamos las succulentas páginas deportivas! ¡Cuidado! No sólo estoy lejos de atacarlas —soy su lector: el fútbol constituye distracción predilecta—, sino que comprendo su fuerza; pero, ¿se escribirá tanto del deporte por su popularidad? ¿No será también que la popularidad se acrecienta por lo mucho que se escribe sobre la materia? ¿No habría mayor atención si se inyectasen dosis más generosas de comentarios e informaciones?

Sí; lo ideal —lo impensable— es que la música pudiese contar con una sección fija, holgada, no sujeta al encorsetamiento de las restantes avalanchas espectaculares. Y sería bueno pensar, con busca y estudio comparativo, en lo que eran las gacetillas musicales hace treinta años, en plena temporada, y lo que hoy son, diez veces más amplias. Reflejo del número de conciertos de antaño y hogño.

¡La sección ideal...! Como base —puntual, constante, ordenada—, la crítica. La existencia de originales pendientes, las circunstancias ya detalladas que condicionan, hacen que lo demás, salvo excepciones, quede en proyectos.

Si se dispusiese del suficiente espacio, podría ser interesante la

publicación de autocríticas siempre que se estrenase la obra de un autor español... y siempre que el compositor no imitase las costumbres de tantos colegas teatrales, que utilizan el espacio para decir que los colaboradores son magníficos, que sin ellos su obra no tendría valor y que se pone en manos del público... En otras palabras, para no decir nada...

Otra parcela que podría tener sumo interés: un doble «Buzón», del profesional y el aficionado, con la esperanza —el condicionamiento— de no aprovecharlos para el ataque personal, la polémica hiriente, el juego de capillas y capillitas. Abierto a temas de interés general.

Más: un «Who's who» por el que desfilasen con perfiles sustanciosos los grandes de España y una sección destinada a los jóvenes valores, las promesas del mañana.

Entrevistas, problemas, conmemoración de nacimientos, aniversarios, estrenos, necrologías...

Llamadas sobre programas de especial interés musical —retransmisiones por radio, televisión—, salidas de discos o libros, reservando el comentario para la sección correspondiente.

A todo ello habrían de sumarse los temas que podríamos considerar como de signo editorial y planteamiento objetivo, que pudiesen producirse en cada caso.

Desde hace unos meses ha nacido en «ABC» un cuadernillo semanal dedicado a la «Música clásica». Ruego que se disculpe la cita por lo excepcional del empeño y porque se trata de algo en lo que sólo participo como un colaborador más. Sin necesidad de compartir todos los puntos de vista suscritos con sus firmas correspondientes, muy de acuerdo con bastantes de ellos harto calificados, el valor de la prestación dependerá de su continuidad, del enfoque plural y vario en temas siempre renovados y de un celo multiplicado por evitar cualquier signo de mordacidad o ataque, hasta hoy ajeno a los hábitos musicales del periódico. Y en tanto ese reducto semanal no suponga detrimento para la crítica e información que la música pide en una publicación diaria.

* * *

Entraríamos aquí en otro aspecto que siempre ha constituido motivo de atención y preocupación del crítico: el tono de sus trabajos, en lo que se refiere a la posibilidad de causar daño con ellos a un criticado. Claro que el ejercicio de la crítica supone libertad irrenunciable y que un juicio adverso puede ser en cierto modo perjudicial para el artista de turno. En cierto modo sólo.

Si la objeción es justa, quizá le beneficie con vistas al futuro, de tenerla en cuenta. Si no lo es, hará bien el interesado en, de considerarlo así, continuar su camino indiferente a la opinión, porque además la crítica tiene la validez del momento concreto y una audición o actuación posteriores pueden modificar las situaciones, ya porque los resultados sean distintos, ya porque el crítico, sujeto como todo humano a error, cambie su juicio. Quedemos, por ello, en que el crítico puede, a veces, perjudicar al criticado, lo mismo que otras beneficiarlo. Y no es opinión personal, sino mil veces oída en labios de compositores e intérpretes, que prefieren todo al silencio y afirman que quien sale al público necesita el reflejo de la crítica, independientemente del tono de ésta.

A lo que no tiene derecho quien juzga es al dañino empleo del comentario personal destructivo, porque se habla del artista, no del ser, y por eso mismo debe estar vedado el propósito de «hacer gracia» a costa de alguien que, sólo por la responsabilidad afrontada, merece todos los respetos.

En general, la crítica española es respetuosa y considerada. Leí, en cierta lejana oportunidad, un comentario argentino a la actuación de un director español. El colega se despachaba a su gusto. El concierto, venía a decir, fue malo. A continuación enumeraba diez razones para justificar su opinión. Hasta aquí todo habría quedado en el juicio por completo negativo. Duro, pero legítimo. La «puntilla» se propinaba en un aparte final, de dos líneas: «Se nos olvidaba decir que el maestro 'X' también canta cuando dirige... y tampoco lo hace bien». Ese es el tipo de libertad que no me parece lícito en ningún caso.

Escribió un día Maurice Ravel: «Siempre que en arte se piensa complicar una forma o un sentimiento, es que no se sabe lo que se quiere decir». El gran músico predicó con el ejemplo. Yo desearía que siempre lo que se recoja sobre música en la prensa española tuviese la suficiente claridad como para que cualquier lector del periódico supiese interpretarlo y captase lo que quiso decir el crítico y el porqué del juicio. Y que todos tuviésemos a punto la voluntad para servir con particular celo y entusiasmo la causa de la música española, con dos condiciones: que se admita disentir, sin considerarlo agravio, cuando algo a cuyo estreno acudimos ilusionados nos decepciona y que el ejemplo del interés comenzase por los propios interesados. Porque —permítaseme la manifestación; en el fondo, acusación— se da mucho el caso del artista para el que la música española empieza y acaba en la suya propia y sólo acude a los programas con obras actuales de

España si entre ellas figura alguna suya. Tuve una lejana experiencia, confirmada luego multitud de veces. Un mismo domingo, coincidentes los programas matinales de Sinfónica y Filarmónica, en el Monumental y el Madrid, acudí a sendas partes de los conciertos. En uno de ellos figuraban varias obras de compositores de España; en el otro, partituras muy de repertorio. En éste pude contemplar a varios músicos nuestros embelesados con la «Sinfonía del Nuevo Mundo». En aquél, sólo a dos de los autores, claro es que seleccionados por el maestro. Más: ¿donde están los entusiastas y defensores de la música de hoy en bastantes programas del Centro de Difusión de la Música Contemporánea, gratuitos, para más «inri»?

Llegamos al final. Después de escribir en cerca de medio siglo muchos millares de comentarios musicales de todos los tipos, parece innecesario decir cuántos de ellos serían condenados a la quema sin remisión. Entre los escasos que sin duda salvaría de tan ominoso fin, recuerdo uno, redactado hace ya muchos lustros, que titulaba: «El modernismo como necesidad y como careta». Me refería a la posición encontrada de quienes componían con un nuevo lenguaje por necesidad absoluta, porque lo consideraban imprescindible y los que lo empleaban como antifaz para disimular que no tenían cosa alguna que decir. Cuando un artista ha evolucionado hacia otros polos creadores, no sin probar la solidez de sus conocimientos, hemos de sentir respeto absoluto; no así ante el que, a veces, intenta jugar con el elemento sorpresa, engatusarnos y llevarnos a un campo de falsas experimentaciones, en el fondo ayuno de auténtica personalidad. Pero antes de la discriminación habremos de comprobar cuál es el signo de su obra y defender su estreno.

* * *

Cierro este comentario con una cierta preocupación. ¿Habría sido preferible afrontarlo con un criterio por completo distinto, apoyado en referencias y juicios estimativos sobre las aportaciones propias y extrañas en el mundo de la prensa, la crítica y la información orientadas a la música? No me sentí en disposición de adoptar esa postura, un poco de juez de compañeros y publicaciones, cuando todos merecen mi estimación y respeto. Y cuando, sinceramente, creo que la música española tiene, por parte de la prensa, un tratamiento en ningún caso más tasado que el presumible en una sociedad caracterizada por la no educación musical de los españoles.